

Domingo XXXIII del TO
Ciclo B



17 de noviembre de 2024

Dn 12, 1-3

Sal 15

Heb 10, 11-14.18

Mc 13, 24-32

P. Eduardo Suanzes, msps

El Evangelio de hoy es un texto cargado de simbolismo y que, por tanto, no ha de interpretarse literalmente. Los que así lo han leído en el pasado y en la actualidad, se ven abocados a pensar que estamos ante una descripción catastrófica del fin del mundo con fenómenos cósmicos espantosos y demoledores. Nada de eso. Tenemos que zambullirnos en la mentalidad semita, en sus símbolos, expresados sobre todo en el Antiguo Testamento, para discernir con lucidez qué es lo que Marcos nos quiere decir, y no «resbalar por la tangente» perdiéndonos en el significado. Jesús está hablando de dos momentos de la historia que es preciso distinguir.

El primer momento: «*en aquellos días, después de la gran tribulación...*». La gran tribulación es la destrucción del Templo de Jerusalén y todo el mundo judaico, con la invasión de Palestina con la consiguiente ruina de la nación. Eso sucedió en el año 70 d.C.

Lo que sigue después de esto inicial se refiere tiempo después del año 70 d.C., y ese es el segundo momento.

En este segundo momento, Jesús describe en primer lugar una conmoción cósmica, que afecta ante todo al sol y a la luna. Ahora bien, en el Antiguo Testamento, los astros aparecen como objeto de culto idolátrico. Precisamente dar culto a Yahvé o a estos dioses establece la distinción entre Israel y los paganos: Si en la *gran tribulación* (primer momento) se estaba refiriendo Jesús al mundo judío, ahora está hablando del mundo pagano. Por otra parte, era un recurso literario frecuentemente utilizado por los profetas describir la caída de un imperio o nación opresora, concebida como un juicio divino o una intervención de Dios en la historia, incorporando imágenes cósmicas¹ de oscurecimiento del sol y de la luna. Cada una de esas descripciones del Antiguo Testamento indica un viraje decisivo en la historia, pero no el final de la historia misma. En ellas, la destrucción se concibe como un juicio de Dios, pero no como un juicio final, de hecho, la vida continúa.

Por tanto, siguiendo los textos del Antiguo Testamento y siendo fieles a su significado, el texto del Evangelio de hoy no puede ser interpretado como un fin del mundo ni de la historia. Los falsos dioses sufrirán un eclipse, serán rechazados por sus mismos partidarios paganos. Lo que se consideraba verdadero se descubre como falso; los valores de la religión pagana se ven ahora como inaceptables.

¹ Ver, por ejemplo, Is 13: la ruina de Babilonia; Is 34: la ruina de Edom; Jr 4,23-24: la amenazas de desastre sobre Judea y Jerusalén; Ez 32, 7 ss: la muerte del faraón da comienzo a un periodo de tinieblas...; Jl 2,10: la invasión de la langosta...

Por tanto, mientras que en las imágenes de los profetas esos sucesos estaban cargados de dolor, aquí en Marcos, están cargados de liberación.

También en el Antiguo Testamento las estrellas que caían y las convulsiones del universo eran los símbolos no ya de los dioses paganos, sino de los príncipes y reyes² desplomados al desaparecer sus imperios. Jesús está hablando con esas imágenes del Imperio Romano, y de los siguientes.

Los profetas no describían las catástrofes o juicios de Dios como finales, sino como parciales a lo largo de la historia; resaltaba cada vez la sentencia de Dios contra la injusticia, manifestando de esa forma su designio sobre la humanidad. Tampoco Marcos trata en este pasaje de un juicio final ni del fin de la historia, sino de los «dolores» o «angustias» que irán sobreviniendo e irán produciendo la maduración de la humanidad, en la perspectiva de la definitiva venida de Jesús.

«*Y entonces verán llegar al Hijo del hombre entre nubes, con gran fuerza y gloria*». La frase «*y entonces*» indica que la llegada del Hijo del hombre se verifica inmediatamente después de la conmoción cósmica. Al significar ésta el eclipse de los falsos dioses y la caída de regímenes opresores, la llegada visible y gloriosa del Hijo del hombre **significa su triunfo sobre ellos**: no está significando el fin de la historia. La llegada del Hijo del hombre no presenta rasgo alguno de violencia o castigo. Jesús no llega como juez: su único objetivo es reunir a sus elegidos en torno así.

El día y la hora

El símbolo de la higuera siempre ha sido para Jesús³ figura del templo y de la institución judía, suntuosa pero estéril. Por lo que al mencionar de nuevo esta imagen, volvemos a la *gran tribulación* que tiene que ver solo con el pueblo judío (al primer momento). Es decir, a la destrucción del templo, de Jerusalén y la invasión total de Palestina en el año 70 d.C. Y efectivamente, esa generación vio la destrucción del suntuoso Israel a manos del Imperio. Esa generación o sociedad judía está imbuida en su conjunto por la escala de valores sostenida por los fariseos, que esperaba un mesías triunfador que habría de dar la hegemonía a Israel sobre todos los pueblos paganos. Pues bien, esa institución caerá para siempre.

«*El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán* ». Este dicho lapidario confirma la certeza profética de la predicción anterior: la promesa del reinado universal de Dios es más segura que la continuación del universo⁴.

² Ver, por ejemplo Is 14, 12-14, sobre el destino del rey de Babilonia: « *¿Cómo ha caído del cielo el lucero que surgía en la mañana? El que daba órdenes a todas las naciones se ha derrumbado por tierra...*»

³ Ver Mc 11,13.20.21. ¿Se acuerdan del texto de la higuera cuando Jesús sale de Betania para Jerusalén y siente hambre?; divisa una higuera esplendorosa (como se debería ver el templo desde esa distancia)...se acerca porque con su exuberancia le promete frutos....pero no..., no tiene frutos: es un esplendor sin frutos.

⁴ Cfr. JUAN MATEOS – FERNANDO CAMACHO. *El Evangelio de Marcos. Análisis lingüístico y comentario exegético. Vol. III*. Ed. Herder. Barcelona, 2016